

## I. CÓMO EXPLICAR LA PROSPERIDAD (O SU AUSENCIA). RESPUESTAS DESDE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Sus análisis dejan al desnudo, con gran rigor, los principios subyacentes en el sistema capitalista, así como el proceso histórico que los produjo (...). Y aunque algunas partes del cuadro tengan que ser pintadas de nuevo, el resto conserva su valor.

ERIC ROLL, A PROPÓSITO DE LOS CLÁSICOS (1994, p. 130)

¿Cuál es la vía adecuada para entender cómo funciona la economía rural y las carencias de sus habitantes, en este momento, en sociedades tan complejas? ¿Cuál la ruta más prometedora en la aprehensión de las leyes que rigen la dinámica productiva agraria y que la impulsan hacia los mercados globales? ¿Cómo dar cuenta de sus procesos en los términos adecuados y con la lente más clara, para explicar luego las causas de sus problemas crónicos y de los que van emergiendo? Estos problemas tienen tanto en común en el subcontinente, siendo éste multicolor.

Se ha optado por un sendero que remite a los esfuerzos intelectuales que interrogaron temprano a la realidad capitalista y que, a la vuelta de los siglos, abonan la construcción de la teoría social crítica y en concreto, a la Economía Política. Tejido científico y discursivo que, poniendo el foco en las relaciones de producción, no elude el entendimiento del Estado, las instituciones jurídicas, el devenir histórico y las políticas públicas, entre muchas otras dimensiones de lo social. Al mérito de no ceñirse por contornos disciplinarios, la teoría crítica deja al desnudo los presupuestos epistémicos desde los que se elaboran las explicaciones hegemónicas, incluso cuando ostentan pretensiones de cientificidad.

Así pues, este primer apartado se organiza con cierto afán didáctico, por su secuencia cronológica, para hacer nítida la trama teórica de los apartados siguientes. Se trata de recorrer de forma simplificada las reflexiones preliminares y más tarde las teorías, que inquietan en las causas de la prosperidad de los pueblos, en el origen de la generación de la riqueza material y su distribución. Ello, a efecto de traer al presente sus formulaciones nucleares y evidenciar aquellas explicaciones científicas que ponen al descubierto la estructura del sistema económico; explicaciones que no

deben obviarse en la comprensión de la dinámica rural y agropecuaria de América Latina, en tanto subdesarrollo capitalista.

Para no errar en el camino téngase presente que, por un lado, corren los procesos sociales en su desenvolvimiento histórico, tal y como se registran en su complejidad y dialéctica, en su integridad —puesto que todo hecho social es económico, político, cultural, lingüístico, histórico, antropológico, geográfico y demográfico, etc.—. Y no muy lejos de estos hechos vienen como eco, como respuesta tentativa y a veces como refuerzo ideológico, las lecturas que de tal realidad se hacen, con aspiraciones de rigurosidad científica eventualmente. Interpretaciones que se apegan con mayor o menor fidelidad a los referentes fácticos que pretenden captar.

Conviene dejarlo bien claro: Las relaciones sociales en su despliegue dialéctico transcurren como devenir histórico —lo concreto real, si nos remitimos al método de la economía política (Marx, 1974)— y, en función de éstas y justamente para dar cuenta de su causalidad, de sus regularidades, salen al paso también en secuencia histórica los relatos más o menos rigurosos y objetivos de esos hechos —lo concreto pensado—. Esta última proyección conforma esa historia de las ideas, que antecede a la formulación de las doctrinas o escuelas científico-sociales.

Enseguida un rápido recorrido, necesario para arribar a la consolidación de la Economía Política Crítica y para exhibir los componentes medulares de su marco teórico-conceptual; precedente y pilar de la interpretación del subdesarrollo regional, que también se presenta condensado. Esta plataforma hará posible leer, científicamente y con un enfoque crítico, las causas y objetivos de los cambios en la estructura socioproductiva del agro latinoamericano.

#### EL ORIGEN DEL EXCEDENTE

Los esfuerzos encaminados a explicar el entorno socioeconómico se presentan desde la antigüedad respecto al intercambio comercial, al uso de la moneda, a la administración de unidades domésticas, al aprovechamiento de la propiedad y del trabajo ajeno, entre muchos otros asuntos de sentido para su tiempo y espacio. Ya entonces sus revelaciones dieron la pauta para tomar decisiones sobre la hacienda privada y, en menor medida, sobre la *res publica* implicando en su manejo criterios éticos; evidentemente, un *deber ser* resultante de visiones sobre lo que importa o es prioridad para el

logro de ciertos fines (Mauri, 2018). Porque la historia de las ideas está siempre articulada al itinerario de los sistemas filosóficos y a los códigos de valores que conllevan.

Cerca de dos milenios antes de alcanzar el rango de ciencia, el pensamiento económico incorporado a la reflexión filosófica se cuestionó sobre el manejo de bienes escasos y sus causas, por una parte, y por otra, sobre la abundancia material, cómo lograrla y obtener el mejor provecho de ella.

Cierto que la confección del conocimiento científico en materia económica no es un proceso lineal y acumulativo (Gómez, 1999), pero sí se construye sobre los aciertos y errores precedentes. Nociones del acervo conceptual de hoy son legado de la observación sistemática que *Aristóteles* y, en menor medida, *sus coetáneos* lograron respecto al régimen esclavista ateniense, en el que se gestó un sistema mercantil y fiduciario y en el que operaba una marcada división del trabajo. De sus análisis se desprenden aproximaciones iniciales a los conceptos como *valor de uso* y *valor de cambio*, *clases sociales*, *producción y reproducción social*, *crédito*, *interés*, *dinero* y *circulación monetaria* (Roll, 1994). Con tales aportes, Grecia antigua se erige como la cuna de las ciencias todas y, por supuesto, de la economía política.

Muchos siglos adelante, superado el repliegue de avidez científica que significó el medioevo y las reflexiones económicas de los escolásticos, aprisionadas por la ética cristiana, se revitalizan las indagaciones económicas sobre criterios objetivos. Sólo que en lo sucesivo el objeto de observación no es una sociedad fincada en relacionamientos productivos, en formato de esclavitud bajo un régimen de propiedad privada (como en la época antigua), ni aquella que se nutre de la servidumbre y el tributo, con predominio de la posesión eclesiástica y en menor medida de la monarquía. El análisis apuntó, en ese momento, a una sociedad organizada a partir de la relación capital-trabajo, si bien en proceso de maduración.

Las exploraciones con fines de conquista y mercadeo, sumadas al atesoramiento por explotación cruda, saqueo y rapiña —durante algunos siglos de acumulación originaria— hicieron posible el posicionamiento económico y político de una burguesía, comercial en primer instancia.

Los nuevos relacionamientos económicos, con entramados de poder político que se despersonalizan, ofrecen un escenario socioeconómico por completo distinto; ya no estamental, pero igualmente asentado en clases definidas desde la posesión o carencia de medios de producción. Política y jurídicamente, las libertades de índole capitalista se irán institucionali-

zando en el marco de estructuras estatales modernas, a través de procesos revolucionarios que prosperan al amparo ético y argumentativo de la filosofía iusnaturalista.

Para los siglos XVII y XVIII, el conocimiento científico había tomado distancia del anclaje religioso merced al renacimiento, la reforma y a las ideas cartesianas, dando pasos firmes hacia su consolidación ulterior. En ese trayecto, las concepciones y prácticas mercantilistas (Fernández, 2015) y las elaboraciones teóricas de los fisiócratas, sobre producción agraria, (Charbit, 2002) son eslabones de una cadena que dará lugar a la economía política decimonónica, en sus versiones inglesa (burguesa) y alemana (proletaria) sucesivamente.

No más reparos puritanos respecto a la ganancia y a la búsqueda de fórmulas idóneas para procurar el lucro. Las disertaciones económicas inquietan francamente sobre las raíces de la prosperidad material de los pueblos, sobre el origen de las rentas y las utilidades. A lo que se responde que éstas provienen directamente de una balanza comercial favorable, el proteccionismo y el control estatal sobre los recursos, la moneda y los metales preciosos; en tales términos lo postularon los *mercantilistas*, quienes apostaron por un Estado fuerte (Rojas, 2007).

En cambio, en la óptica de los *fisiócratas* la generación de excedente (*surplus*), la obtención de una nueva riqueza respecto a la ya existente, es resultado sólo de la labor de una clase productiva: la agraria.

Para ellos, la primera escuela de pensamiento económico, exclusivamente el trabajo agrícola, permite obtener un *producto neto* sobre lo consumido en virtud de las bondades de la tierra. Consideran, asimismo, que para mejor desplegar su potencial los agricultores no deberían estar limitados por reglamentaciones estatales o someterse a condicionamientos políticos, sino ceder ante el orden natural que está presente también en la vida económica. Por su parte, el resto de las clases no productivas, y particularmente la clase terrateniente o propietaria, deberían apoyar a los productores agrarios en la creación de riqueza (Gómez, 2000).

*Les économistes* —como se conoció también a los fisiócratas— observaron que Francia podría operar como un sistema económico interdependiente, con resultados positivos a condición de que se desarrollara en un régimen de libre cambio (*laissez faire laissez passer le monde va de lui même*).<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Dejen hacer, dejen pasar que el mundo va por sí mismo.

Se propusieron centrar el desarrollo en la agricultura aprovechando las innovaciones productivas en el ramo, como eran el drenado y adecuación del terreno, la roturación profunda, rotación de cultivos, siembra mecánica, etc. (Escartín y Velasco, 2009).

El mérito de François Quesnay, el más destacado entre los fisiócratas, fue encontrar —en tiempos de transición económica y convulsión social— la ruta para ratificar al *trabajo humano* como elemento clave en la generación de riqueza material y vincular su productividad al excedente o producto neto, si bien circunscribe los alcances del trabajo creador de valor al agro, pues desde su perspectiva sólo la naturaleza es capaz de multiplicar lo que recibe gracias al trabajo. El resto de las actividades económicas y, por ende, el trabajo empleado en ellas son relevantes, pero estériles en el sentido de que no dan como resultado un producto adicional al invertido.

Con sus límites, lo revelado por Quesnay tienen cierta proximidad teórica con las conclusiones a las que llega William Petty, casi un siglo antes en Inglaterra.

Las investigaciones de Petty estuvieron guiadas por fines prácticos en materia de tributación. Su interés fue sentar una base sólida para el cálculo de la renta como base de los impuestos. En su búsqueda encuentra (como Quesnay) la existencia de un excedente, que nombró *renta natural*.

Ese excedente o renta es un remanente que se calcula sustrayendo lo aportado al proceso productivo en insumos y consumo del trabajador, lo que ejemplifica con la producción de cereales. Sólo que Petty hacer notar que esa renta o excedente agrario sí encuentra equivalencia con productos (y excedentes) de otras ramas económicas. Luego, al hurgar en lo que hace posible esas equivalencias, refiere al *trabajo* como determinante de ese valor (valor de cambio) de un bien cualquiera, principio activo de la riqueza, y señala al uso del *tiempo de trabajo* como rasero de las equivalencias de los distintos productos (Gómez, 1999).

Siendo en algunos aspectos mercantilista, Petty fijó su mirada en la moneda y el intercambio, para inferir finalmente que es *en trabajo* que se calcula el *valor* de una mercancía. Reflexión que remite a Aristóteles, quien descubre en la expresión del valor de cambio de las mercancías una relación de igualdad (Borisonik, 2013). Aquí la justificación para volver, así fuera superficialmente, a quienes abonaron la construcción de la teoría del valor.

QUID DE LA ACUMULACIÓN:  
APROPIACIÓN PRIVADA DEL VALOR-TRABAJO

Fueron Adam Smith y David Ricardo quienes, hacia las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX, profundizan en esos hallazgos para abonar a la *teoría del valor-trabajo* o teoría objetiva del valor, piedra angular de la ciencia económica y postulado científico vigente. Ingrediente ineludible para explicar la dinámica que sustenta el enriquecimiento privado en las diferentes fases y modalidades del capitalismo, así como la distribución tan desigual de los excedentes en todas las ramas de la economía, no solo en el agro.

Se conoce bien que con Smith y Ricardo el análisis socioeconómico alcanza el estatuto de ciencia, por lo que son hoy conocidos como clásicos de la Economía Política en su vertiente liberal o burguesa. Apoyados en los métodos e interrogantes que ensayaron sus predecesores, y sin ser estrictamente contemporáneos, ambos se empeñaron en el entendimiento de las leyes que rigen el funcionamiento de la economía, suscribiendo las regularidades de los procesos productivos y comerciales en el momento histórico que les tocó vivir. Cumplieron, en muchos sentidos.

El momento era propicio. Los filósofos políticos de la modernidad habían aportado al avance del conocimiento objetivo y sistemático, en todas las disciplinas sociales, al desacreditar el sistema metafísico de explicación de la realidad por estar impregnado de prejuicios y ética cristiana. En su lugar sitúan la razón humana, asientan que es posible conocer la realidad en su causalidad interna, y encumbran un código axiológico en el que el ser humano es el centro y los derechos *inherentes* a éste son prioridad.

En esa concepción de lo social ampliamente compartida en esa época —la escuela naturalista—, se posiciona Adam Smith en el año 1759, cuando publicó la *Teoría de los Sentimientos Morales*. La obra es filosófica, discurre sobre las inclinaciones que son *naturales* al hombre; los impulsos que interpreta como legítimos por serle intrínsecos: el ánimo de libertad, el sentido de posesión material, la inclinación al intercambio, el egoísmo o amor a sí mismo, la compasión y la laboriosidad o hábito de trabajo.

El ideario resultó muy conveniente a los tiempos que corrían por sustentar que el afán de intercambiar, de sumar posesiones y el interés personal —incluso egoísta— son las motivaciones primigenias de la acción hu-



mana, y, por extensión, de la actividad económica. Todo lo cual, apreciado también desde esa postura, no debería ser motivo de preocupación, pues —guiado por su propio interés— el hombre, sin proponérselo, termina por beneficiar a los otros, que a su vez buscan lo mismo (Roll, 1974).

En su *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, publicada en 1776, Smith da a conocer su teoría económico-social a la que da continuidad David Ricardo<sup>2</sup> y otros partidarios del liberalismo decimonónico. Los conceptos que acuñan, sin ser los más de ellos de primera mano, trascienden a las siguientes generaciones de analistas, mas no siempre que son invocados son adscritos al contexto teórico del que forman parte y que a fin de cuentas es el que les da sentido.

Un profundo y riguroso análisis de los procesos de producción, intercambio y distribución del excedente social, que transcurren en la frontera del siglo XVIII y XIX, permite a Smith y David obtener las conclusiones que enseguida se destacan, con la aclaración de haber omitido, probablemente, aspectos importantes en la síntesis.

1. La prosperidad de los pueblos no depende del atesoramiento de metales, del comercio exterior favorable, ni de la agricultura estrictamente como pretendieron tus antecesores, sino del trabajo humano. El trabajo es creador de valor, la fuente de la riqueza social, y se materializa en excedentes de producción sobre lo invertido; la medida del valor es el tiempo de trabajo.
2. Ese trabajo logra mayor capacidad productiva, es decir, que rinde más excedente, por la especialización en una tarea determinada y por el uso de los medios de trabajo —insumos, instrumentos, conocimientos, instalaciones, etc.— más adecuados.
3. La división del trabajo favorece la especialización porque abona al perfeccionamiento de técnicas, procedimientos e implementos idóneos a cada actividad.
4. La especialización y división del trabajo, además de potenciar la productividad laboral y aumentar la producción, permiten reducir tiempos de trabajo y costos, por lo que ambas son positivas a la sociedad por cuanto aportan al crecimiento de su acervo material. Una y otra son, asimismo, incitadas por la competencia.

<sup>2</sup> Su principal obra se publica en el año 1817, *Principios de Economía Política y Tributación*, ediciones posteriores introducen ajustes a sus teorías.

5. La división del trabajo opera también entre países a través del comercio exterior, y se vincula a sus ventajas absolutas, las que más tarde Ricardo llamará ventajas comparativas.
6. La sociedad capitalista funciona y prospera a partir de la producción y el intercambio de excedentes.
7. En su estructura económica y, en particular, en el circuito de generación de excedentes (dimensión estrictamente productiva) participa un sector propietario de los medios de producción, compuesto de terratenientes y capitalistas y de otro sector, el de los trabajadores, carente de medios de producción dispuesto a emplearse por un pago.
8. Cada sector social aporta lo que posee en la fase productiva del ciclo económico, a saber: tierra, capital y trabajo, constituyendo estos los tres factores de producción, y cada uno de ellos recibe por su aporte una fracción del excedente obtenido; sus ingresos asumen la forma de renta, utilidades y salario respectivamente.
9. Puesto que sólo el trabajo es la fuente de valor, aquello que se distribuye entre los tres factores sólo puede provenir de lo generado por el sector que efectivamente trabaja. En ese sentido, el producto excedente es el origen de la ganancia o utilidades y de la renta. Smith llamó *deducción* a esa parte del excedente que es retenida por los propietarios del acervo (medios de producción).
10. Si los propietarios de los medios de producción no recibieran un ingreso por su aporte, no tendrían razones para tomar el riesgo de invertir. En cambio, lo que lleva a los trabajadores a emplearse por un salario no es el interés de acrecentar su patrimonio, sino la necesidad de allegarse también en el mercado los bienes necesarios, vivir ellos y sus familias (salario de subsistencia).
11. En el circuito del intercambio de excedentes (el mercado), los productos se canjean porque son semejantes en cuanto a su esencia, el trabajo abstracto (valor de cambio) contenido en ellos; y el tiempo de trabajo es la medida de ese valor, de donde resulta el precio real o natural de cada bien (su precio en trabajo). El precio de mercado, por otra parte, es momentáneo y estará en función de la oferta y la demanda.
12. En el rejuego económico, todos son en alguna medida comerciantes, y la sociedad misma se transforma en una sociedad comercial,



siendo el dinero el medio de cambio generalmente aceptado para facilitar el intercambio de mercancías.

13. En la producción capitalista, el trabajo —no la fuerza de trabajo— es una mercancía (así lo suscribe D. Ricardo).
14. El capital es un acervo (*stock*) en manos privadas que se destina a emplear “a gente laboriosa suministrándole materiales y medios de subsistencia, para obtener un provecho al vender su trabajo o lo que su trabajo incorpore al valor de los materiales” (Smith, 2007, p. 41).<sup>3</sup>

En apretadas líneas es como funciona internamente la *sociedad comercial*, con base en una estructura económica donde los propietarios de los medios de producción se movilizan por mayores excedentes, en la expectativa de mejorar sus utilidades o beneficios (*profits*). Esta es la fuerza motriz del capitalismo, y así queda asentado ya con la vertiente inglesa de la economía política.

A la dinámica le llaman acumulación y empleo de capital (*accumulation and employment of stock*), y se reproduce dado que existen determinadas condiciones históricas que hacen posible esta forma de organización social. Estas condiciones son la formación de patrimonio inicial o acervo por parte de un sector social y, como contraparte, el despojo originario de otro sector social (los trabajadores) respecto a todo medio de producción y de vida. Pues “en el estado original de cosas que precede tanto a la apropiación de la tierra como a la acumulación del capital, todo el producto del trabajo pertenece al trabajador. No lo comparte con terrateniente ni con patrón alguno” (Smith, 2007, p 55).<sup>4</sup>

Hasta aquí la recuperación de los aportes clásicos, estrictamente teóricos, ha intentado dejar fuera aseveraciones filosóficas y juicios de valor en cuanto ha sido posible, pero en realidad los autores no deslindan en sus obras las afirmaciones científicas de las de tipo normativo, respecto al de-

<sup>3</sup> “As soon as stock has accumulated in the hands of particular persons, some of them will naturally employ it in setting to work industrious people, whom they will supply with materials and subsistence, in order to make a profit by the sale of their work, or by what their labour adds to the value of the materials.”

<sup>4</sup> “In that original state of things, which precedes both the appropriation of land and the accumulation of stock, the whole produce of labour belongs to the labourer. He has neither landlord nor master to share with him.”

ber ser en el ordenamiento la sociedad; se encuentran amalgamados, hacen parte sustancial de sus proposiciones.

Por ello y porque en este sistema filosófico-doctrinario se finca discursivamente el neoliberalismo actual,<sup>5</sup> conviene hacer énfasis en el contenido de los párrafos siguientes, puesto que es al amparo de estos postulados, llevados al plano de la política pública, y el poder corporativo que se ha lanzado a la agricultura regional (y a toda la estructura económica en realidad) hacia la especialización productiva y los mercados globales.

La economía política liberal —y, en concreto, la obra de Smith que es su pilar indiscutible—, se proyecta desde las premisas epistémicas del naturalismo.<sup>6</sup> La existencia de una predisposición en la dinámica social que la conduce de manera espontánea, automáticamente al orden, a un orden natural superior y perfecto, en contraposición al estado de cosas que pueden proporcionar las instituciones humanas. En consecuencia, si la tendencia al equilibrio es inmanente a la dinámica social, lo conveniente es apostar a las leyes que gobiernan ese movimiento, tener confianza en las leyes naturales.

Llevada esta concepción al ámbito normativo (o del deber ser) es congruente que, en materia de política económica e instituciones que la respaldan, se abogue por un entorno de libertad en la producción e intercambio, y que la postura sea no coartar los afanes de acumulación, no inhibir la expansión de los mercados. La creencia es que sobrevendrá por sí misma la asignación más eficiente de los recursos, a condición de dejar moverse libremente los factores productivos, en una espiral de crecimiento donde todos terminarán por beneficiarse. Ante los posibles desvíos del sistema económico, los dispositivos de ajuste son innecesarios, pues intrínsecamente tienden a la autorregulación, a modo de una *mano invisible* que lo vuelve a su cauce. Esa mano invisible es la libre competencia.

En esta trama argumentativa, la propiedad privada y la libre empresa no son espurias, tienen un sentido social, una razón de ser; asimismo, los intereses particulares propenden a igualarse con los de la sociedad y a ser finalmente convergentes.

Ya de vuelta a su momento histórico, en plena revolución industrial —la primera—, dirigentes de Estados y hombres de negocios acogieron el

<sup>5</sup> El liberalismo del siglo XIX tomó un nuevo aire con base en la obra *Camino de Servidumbre* de Friedrich Hayek, publicada en 1944.

<sup>6</sup> David Ricardo comulga con postulados naturalistas, pero como premisas de sus análisis es que los asume, no los discute.

discurso con entusiasmo, evidentemente. El posicionamiento político que acompañó ese sentir fue pronunciarse para que la autoridad no contuviera las inclinaciones y prerrogativas individuales, y en cambio sí para tomar medidas y establecer sanciones, a efecto de resguardarlas. Recordemos que Inglaterra estaba entonces algo adelantada en el desarrollo del capitalismo respecto al resto de Europa, y que la revolución francesa fue clave en la propagación del ideario y las instituciones liberales por el resto del mundo.

A modo de balance, dejando de lado el sustrato político de sus formulaciones, la escuela clásica entrega una lectura lúcida del capitalismo; una radiografía que evidencia sus estructuras e interrelaciones íntimas, que expone las motivaciones que impulsan el involucramiento de cada sector mostrando lo que cada uno de ellos obtiene, en cambio, en un movimiento que se reproduce a una escala creciente.

Su legado no ofrece, claro está, todas las respuestas, pero forma parte de estas incluso dos siglos después, con un capitalismo tan evolucionado. Un capitalismo que, como se verá, se organiza y reproduce en dos modalidades distintas, interrelacionadas y complementarias. O, por decirlo de algún modo, en una versión desarrollada y otra subdesarrollada.

#### CAPITAL, RELACIÓN SOCIAL EN MOVIMIENTO

Eric Roll expresa, a propósito de la vertiente liberal de la economía política, que sus teorizaciones incluyen elementos que sirvieron para apoyar una concepción distinta de la sociedad, desde principios políticos distintos (Roll, 1994, p. 143).

En efecto, Karl Marx y Friedrich Engels también se plantearon conocer científicamente el capitalismo, pero situados en un paradigma epistémico diametralmente opuesto en su contenido ontológico: el materialismo dialéctico. Desconocen en lo social un principio de armonía y equilibrio intrínsecos; sostienen su esencia cambiante, contradictoria y conflictiva, compleja tanto en apariencia como en su esencia.

Como la versión burguesa, la economía política crítica o proletaria se proyectó desde el reconocimiento de una totalidad susceptible de ser conocida en su legalidad interna, objetiva. Empero, la segunda sí lo hizo explícito en su método de aprehensión de la realidad: el método de la

economía política (Marx, 1971); mientras la economía inglesa es abarcadora en los hechos. Su análisis fundante, el de Smith, comprendió además de lo económico, lo político y lo histórico.

Por su parte, los desarrollos teóricos del marxismo más consistentes ciertamente ponen el foco en la economía: en las *relaciones sociales de producción* que, en un sentido amplio, incluyen los vínculos sociales que se establecen a propósito de la producción, distribución, intercambio y consumo. Este ámbito de análisis, en su acervo discursivo, comprende la *estructura* o base material y es *determinante* en el ordenamiento social. No obstante, la aspiración es constituir —en una teoría social unitaria y comprensiva, con un sentido histórico, integrando a lo económico— las dimensiones política, jurídica, institucional y cultural. Lo que en tiempos recientes los científicos sociales han dado en nombrar meta-relato, para distinguirlo de las teorizaciones de alcance intermedio o micro, formuladas para explicar sucesos puntuales o una serie de ellos.

Otra pretensión manifiesta de la lectura marxista de lo social es erigirse en herramienta de transformación, ya que sumaba a su rigor explicativo un desafío crítico. Crítico de la postura de clase que impregnaba los escritos económicos liberales, y crítico del sistema socioeconómico que se asienta en una desigualdad original y que se desenvuelve como dispositivo complejo hacia la reproducción de ese estado de cosas.

No es fortuita la pretensión de lograr una influencia política en el devenir social. Es bien conocido el activismo de Marx y Engels, y el momento histórico era crucial. En el año 1849, cuando Marx publicó su obra *Trabajo asalariado y capital* (Marx, 2000), la revolución industrial estaba consumando la proletarización de Europa, si bien de forma heterogénea porque las regiones llevaban un ritmo diferenciado (Dobb, 1999). El movimiento obrero, asimismo, estaba ya dando pasos en su organización y reivindicaciones de clase, sobre todo en Inglaterra. En esas primeras confrontaciones se reclama al empresario emplear al trabajador hasta el límite de sus fuerzas, y desecharlo cuando ya no le es útil.

Retomando el hilo teórico, el marxismo en tanto edificio conceptual se articuló en torno a la *teoría del valor-trabajo*, en el estado que la dejaron los clásicos. El valor (valor de cambio) fue redefinido como el *tiempo de trabajo socialmente necesario* para generar un bien. Esto es, el tiempo de trabajo promedio en atención a las condiciones de producción normales y vigentes en una sociedad (Marx, 1985, p. 48).

Sobre esa base se enuncia la *ley del valor*. Regla que se cumple sin excepción y que preside el intercambio mercantil: *la igualdad en los intercambios*, desde que los productos contienen en esencia dimensiones equivalentes de tiempo de *trabajo abstracto*, más allá de que ese valor se encuentre objetivado o materializado en objetos útiles (*valores de uso*) distintos.

Al profundizar en la interrogante ya planteada por Smith, de por qué el valor pagado al trabajador como salario no se corresponde con el valor obtenido por el empleador, al final del proceso productivo, si la ley del valor rige sin excepción, Marx reveló la existencia de un tiempo de trabajo durante el cual el obrero genera un valor suplementario al valor de su salario; un *tiempo de trabajo no pagado o excedente*, durante el cual genera un *plusvalor* (Marx, 1985). Aquí cabe recordar que Adam Smith identificó antes que Marx un excedente generado por el obrero, pero retenido por los propietarios de los medios de producción como recompensa a su participación en el proceso productivo, al que llamó *deducción* (Smith, 2007).

Apoyado en ejemplos concretos, Marx explica lo que a nivel abstracto ocurre: en el circuito mercantil el empresario compra la *fuerza de trabajo* (o capacidad de trabajo) ofertada por el obrero como lo hace con cualquier otra mercancía, y la adquiere no por debajo de su valor sino por su valor efectivo estimado como salario, el tiempo de trabajo promedio para reemplazar tal mercancía.<sup>7</sup> Ya en el circuito productivo el empleador usa o *consume* esa mercancía que ha comprado, pero no lo hace sólo hasta recuperar lo pagado como salario, sino más allá para obtener el plusvalor que es la base de su ganancia.

Esto es posible porque la fuerza de trabajo es una mercancía excepcional, la única que al ser consumida da como resultado un valor mayor de lo que le cuesta al empresario, por lo que a ese desembolso (adelanto de capital) lo llamará Marx *capital variable*, para distinguirlo del *capital constante*, compuesto por el gasto realizado en bienes o medios de producción necesarios también para el proceso de trabajo, pero que sólo transfieren su valor al producto final (Marx, 1985).

<sup>7</sup> Jaime González Martínez precisa, siguiendo a Marx, que la capacidad de trabajo (energía) se desgasta cuando el obrero la usa en su actividad productiva, y para restablecerla día con día, garantizado su presencia continua en el sistema, se requiere que los trabajadores y sus familias dispongan de un cierto monto de bienes y servicios que satisfacen sus necesidades de alimentación, vestido, calzado, salud, educación, vivienda, recreación, etc. (González, 2005, p. 65)

Es así que la inversión en salarios se recupera con un plus, porque la fuerza de trabajo es un valor que se *valoriza*. Del consumo de una mercancía se extrae valor; ninguna otra mercancía, al ser usada o consumida, tiene esa cualidad.

Una vez despejado el origen del plusvalor, éste fue clasificado en *absoluto* y *relativo* (Marx, 1985). Dos canales o métodos distintos para extraer ese excedente o *plus-producto* respecto a la inversión inicial; dos momentos sucesivos en el desenvolvimiento lógico e histórico del capital.

Lo expuesto en líneas anteriores, además de poner en claro la auténtica fuente del *excedente* o riqueza social, como valor no pagado (o plusvalor), es el núcleo que soporta la teoría de la explotación entre clases. De la existencia de ese plus producto se desprende la fórmula del capital que expone Karl Marx en el libro primero de *El Capital. Crítica de la Economía Política*, su obra económica más importante (D – M – D’). También del análisis del plusvalor se colige el tránsito de la subsunción formal a la subsunción real, como etapas sucesivas del sometimiento o subordinación del trabajo al capital en la historia económica (Marx, 1985).

En esencia, Marx hace patente que el dinero (D) destinado a la compra de mercancías (M), necesarias para poner en operación el proceso productivo, sólo puede valorizarse, y por tanto dar como resultado un dinero acrecentado (D’), porque en ese proceso se consume fuerza de trabajo.

Otro aspecto a destacar es que la valorización, como creación de valor nuevo, como sustento de la riqueza material, tiene lugar en el *circuito de la producción* y no en el circuito de la circulación: ocurre cuando la fuerza de trabajo interviene o actúa sobre otros medios de producción para transformarlos en algo distinto. Actúa, se ha dicho, sobre otros medios de producción, puesto que la fuerza de trabajo deviene en un medio de producción más, y la suma de todos ellos conforman las fuerzas productivas.

Así pues, la fuerza de trabajo es en el circuito mercantil una mercancía, mientras en el proceso productivo es un medio de producción. Es el valor de uso de esta particular mercancía lo que le permite acrecentar la riqueza material existente. La fuerza de trabajo al entrar en acción “modifica su magnitud de valor, adiciona un plusvalor o se valoriza, y este movimiento lo transforma en capital” (Marx, 1985, p. 184)

Teniendo presente lo anterior, lo peculiar del capitalismo como modo de producir, y lo específico del capital como relación social, es el empleo de la fuerza de trabajo de una clase desposeída para obtener un plusvalor,



y la apropiación privada de ese plus producto por la clase propietaria, en una sociedad mercantil (o de intercambio de excedentes).

Por tanto, la noción de plusvalor encierra o sintetiza la subordinación de una clase —el proletariado— a los intereses de otra —capitalista—. No se trata sólo de una clase propietaria frente a otra no propietaria, donde la segunda se somete a la primera (eso vale en general para otros modos de producir), se trata de la extracción de excedente a partir de la adquisición y uso privado de fuerza de trabajo colectiva, en relacionamientos sociales que aparentemente son equitativos y libres.

De ahí que el capital en Marx no es un acervo o *stock*, como lo apuntan los clásicos ingleses, sino una *relación social* en movimiento, nexo de interdependencia y subordinación entre clases antagónicas.

En algún modo, las declaraciones que hicieran Smith, Ricardo e incluso Thomas Malthus (Poo, 1990, p. 106) en su momento, sobre el enfrentamiento de intereses al distribuirse el excedente obtenido en la producción, fueron la antesala de la teoría de clases sociales antagónicas distintiva del marxismo, expliquemos.

Una vez resuelto, parcialmente, por Smith la cuestión del origen del excedente o la riqueza social, Ricardo señala que el gran problema de la ciencia económica se desplaza, para situarse ahora en la “determinación de las leyes que rigen el reparto de excedente entre los sectores que concurren a la producción”. Así se plantea la necesidad de una teoría del desarrollo económico interpellando sobre los efectos de la acumulación de capital en el largo plazo (Ricardo, 2003).

Claramente Smith se aproximó al tema del reparto de ese excedente, pero abandonó esa senda analítica para dejar a la mano providencial de la competencia lo concerniente a la circulación mercantil y a la compensación de los factores productivos por su aporte. Hasta avizó tensiones sociales, por ejemplo, al prevenir que las utilidades tenderían a bajar conforme la sociedad progresaba (Smith, 2007).

Ricardo sí fue más lejos al afirmar que, en la dinámica de crecimiento económico industrial, afloraba la confrontación de intereses entre clases; sí, clases, aunque no en el sentido marxista. Hizo notar incluso que entre los mismos capitalistas o terratenientes sus pretensiones se enfrentan en el rejuego de la competencia. Asimismo, tuvo claridad en que las utilidades y los salarios se mueven en relación inversa, conforme avanza la acumulación (Ricardo, 2003).

Los clásicos eludieron temas y sortearon caminos que pudieron explorar, pero es claro que Smith y sobre todo Ricardo dejaron la mesa puesta para hurgar en las tendencias críticas que conlleva el despliegue histórico del capitalismo, como el desempleo que resulta del avance tecnológico.

Ricardo fue certero al vincular el desempleo con el incremento de la mecanización, asentando que cuanto más valor en *trabajo pasado o acumulado* contenga un artículo (en maquinaria, instalaciones, implementos, materiales, etc.), menos *trabajo vivo o presente* será necesario. Con medios de producción especializados, el trabajo tiene un mayor rendimiento y se abre la posibilidad de prescindir de trabajadores en el circuito productivo, luego, en el plano de la circulación se reduce la cantidad de obreros que se demandan. Y estando claro que el empresario persigue las mejoras que redundan en su competitividad, la tendencia apunta invariablemente a sustituir factores productivos, específicamente capital por trabajo, afectando la cantidad de plazas laborales disponibles.

Ricardo concede, por consiguiente, que la acumulación de capital no conduce al equilibrio ni al empleo total, incluso en condiciones de un mercado sin regulaciones. Exhibe sin pretenderlo que el desarrollo económico no es terso sino socialmente problemático; que la competencia conduce a la reducción de ganancias y a la confrontación de capitales en torno a ellas; que el incremento de capital como acervo y el progreso técnico implican pérdidas para el trabajador por el desplazamiento de mano de obra. Las tendencias se hacen más patentes conforme prospera la acumulación de capital.

Thomas Malthus, como otros liberales sucesores de los clásicos (Roll, 1994), también expresaron preocupaciones; quebrantan la idea de la autorregulación del sistema económico al seguir el comportamiento de la población, población que en el capitalismo parece que crece desproporcionadamente y tiende a estar de sobra. El tema también ocupa a Marx sobre todo en el capítulo xxiii de *El capital* donde explica, desde otro lugar y sobre otras bases teóricas, la presencia de población sobrante que opera como un ejército industrial de reserva para la acumulación (Marx, 1985), más otros contingentes de potenciales trabajadores, pero marginales, que el capital en su camino tiende a alimentar.

Los escritos de Marx y Engels, y otras formulaciones posteriores en la misma ruta teórica, han ratificado que el desempleo y la ocupación al

margen de las relaciones salariales cobran sentido desde el movimiento íntimo del capital, en su estructura de clases confrontada. En tiempos más recientes, las contradicciones y desequilibrios sociales —que conlleva la acumulación en su devenir histórico— acentúan el problema laboral expresándose sobre todo como exclusión salarial y precariedad generalizada.

Las explicaciones que se centran justamente en el progreso tecnológico y la subsunción del trabajo al capital, con su resonancia en el subdesarrollo, son la veta temática que nos interesa seguir para aportar a la comprensión de los desplazamientos productivos recientes del agro latinoamericano, sus causas, orientaciones y sus nudos críticos.

#### LA CIENCIA EN EL NÚCLEO DEL DESARROLLO-SUBDESARROLLO

Una vez esbozado el modo de operar del capital como relación social, en su estructura y motivaciones internas, en este apartado se enuncian otros elementos teóricos necesarios para comprender lo específico al capitalismo latinoamericano, aquello que lo constituye internamente como subdesarrollo. Los aportes que siguen fueron elaborados en sintonía con las argumentaciones marxistas sobre la economía y la historia social, en sus propuestas originales.

Es una lectura del subdesarrollo que difiere del estructuralismo y de la modernización, en sus razonamientos sobre la realidad regional que observan, ambos, como atrasada respecto a un capitalismo consolidado, por decirlo de alguna manera.

También toma distancia de la escuela de la dependencia y otras vertientes neomarxistas, si bien persevera en la intención de ser un relato científico crítico y alternativo, una mirada con apego a la específica circunstancia histórica de la región.

Su autor, Víctor Figueroa afirma que el subdesarrollo capitalista debe ser explicado a partir de “la forma que asume la organización y la explotación del trabajo” en Latinoamérica, el eje de su argumentación es el concepto de *trabajo general* o *trabajo científico*. La formulación en extenso de la tesis que se sintetiza enseguida, puede encontrarse en su obra *Reinterpretando el Subdesarrollo*, publicada en el año 1986; otros escritos posteriores abundan sobre sus propuestas iniciales (Figueroa, 1996).

Sostiene Figueroa que el subdesarrollo sólo puede ser explicado en función del desarrollo, porque el primero es tal para provecho del segundo. Enseguida explica que el capital en condición de subdesarrollo no es la antesala del desarrollo o su estadio previo, es su consecuencia; resultado de la dialéctica del capital, de su reproducción ampliada (Figueroa, 1986).

En su despliegue histórico, llegado a un punto en su evolución, la relación capital-trabajo se abre paso en otros territorios que necesita y organiza para la realización de sus fines. Así, el capital —que no el desarrollo— se instala en estas nuevas regiones a impulso de motivaciones externas, no endógenas. Se trasplanta —valga la similitud— y se propaga, pero no en condiciones similares a los territorios de origen.

En principio, no hay duda de que estamos frente a la relación capital-trabajo. Es capitalismo por constituirse la relación salarial como el vínculo de producción predominante y como eje ordenador de la vida social, ahí donde predomina; se trata de la misma estructura de clases; está el sistema en sus fines, orientado a la acumulación; opera con base en el consumo de fuerza de trabajo y supone la apropiación privada de los medios de producción, en una sociedad mercantil.

¿Entonces qué es lo distintivo del subdesarrollo? Es distinto, desde luego, por el hecho de que existe y funciona a modo de apéndice de una entidad mayor, de la que depende y a la que alimenta; porque se transforma y se moviliza en sintonía, al ritmo de esa entidad ajena. En ese sentido, está supeditado, subsumido al capital desarrollado.

Pero no está supeditado porque precise de su financiamiento ni por el comercio desventajoso que lo vincula con el *mundo desarrollado*. Lo está porque funciona o se organiza en su nivel más íntimo, ahí donde se crea valor nuevo, soportado en un *modo técnico* (o paradigma tecnológico) que, por no haber creado ni ser capaz de recrear internamente, tiene que adquirir el valor nuevo de aquellos sitios que sí lo han generado.

Luego, el atributo o rasgo definitorio del subdesarrollo es esa carencia estructural de *trabajo científico* que marca la organización de sus procesos productivos e impone sus pautas en la extracción de plusvalor; es esa una subordinación de sus procesos más esenciales a las necesidades de acumulación de otras zonas, dado que el *trabajo científico o general* (que debe distinguirse del *trabajo inmediato*) no se organiza, no se explota ni se renueva sistemáticamente en el subdesarrollo. Lo peculiar es que en estas

zonas el trabajo inmediato debe explotarse por intermedio de un trabajo científico ajeno.

Aclaremos, y de paso encadenemos las nociones expuestas en el apartado precedente. El *trabajo inmediato* u operario a que se refiere Figueroa es la fuerza de trabajo; es esa energía viva que actúa efectivamente sobre el resto de los medios de producción, y que al hacerlo se valoriza para dar como resultado un *plus producto* o excedente.

En cambio, el *trabajo general* o *trabajo científico* lo constituye no el trabajo calificado manual —porque ese trabajo calificado es igualmente fuerza de trabajo o capacidad de trabajo, con más valor eso sí, por el tiempo de trabajo medio necesario que se requiere para su producción— sino el de tipo intelectual y analítico; el que es capaz de condensar un cúmulo de conocimiento de origen científico, acumulado y enriquecido de continuo, y que se concreta en dispositivos prácticos: tecnologías de punta, maquinaria especializada, perfeccionamiento de técnicas de manejo de recursos productivos, patentes, paquetes informáticos, etc.

Estas tecnologías tangibles o intangibles, por ponerlo en términos genéricos, son las aplicaciones prácticas de la ciencia básica, concebidas *ex profeso* para multiplicar el rendimiento laboral, para potenciar el trabajo inmediato que bien puede ser calificado o sin calificación. Son, asimismo, el resultado de inversiones privadas, eventualmente públicas, pero claramente orientadas a que la ciencia en abstracto se traduzca en dispositivos susceptibles de acrecentar la producción y la productividad.

El trabajo científico, ya objetivado como tecnología (es decir, dispuesto como mercancía con valor de uso y de cambio), se pone en circulación y a la postre se hace presente en el proceso productivo. Se transforma entonces en medio de producción, lo mismo que la fuerza de trabajo y otros insumos. En ese punto ambas formas de trabajo (inmediato y general) coadyuvan a la creación de valor nuevo, pero el trabajo inmediato lo hace directamente con su energía transformadora, incrementando la magnitud de su valor con el respaldo de las tecnologías; por su parte, el trabajo científico —hecho tecnología— lo hace de manera indirecta al potenciar la generación de valor, pero sólo con la intervención de la fuerza de trabajo.

En suma, para el capital, el trabajo científico es un activo estratégico que los países que lo alcanzan se empeñan en preservar deliberadamente, organizando su aprovechamiento. En cambio, su ausencia explica el subdesarrollo por lo que entraña sus procesos productivos, en primera ins-



tancia, y enseguida porque su ausencia trasciende al plano de la circulación mercantil y de la distribución de la riqueza material, manifestándose como transferencias netas de valor al exterior.

Hay que subrayar que ese activo estratégico no es la tecnología en sí, que bien puede comprarse, sino el trabajo general que hace posible renovarla reiteradamente. Justamente por ser clave la ciencia (y la tecnología) prosperan en el capitalismo con tanta celeridad, en el afán de valorización.

En la actualidad, la ciencia es factor de primer orden implicado en todos los procesos de producción, en cualquier rama económica, y en las actividades primarias, por supuesto. Sabemos ahora que ésta refiere al trabajo general como recurso no inexistente, pero sí escaso en el subdesarrollo. Asumirlo es necesario para captar lo que está detrás de los flujos comerciales y financieros entre países, para aprehender la raíz auténtica de la dependencia y el por qué los procesos se retroalimentan y refuerzan.

En realidad es una codependencia; el desarrollo también necesita del subdesarrollo para sustentar el crecimiento de sus economías, y con los ingresos que recibe fortalecer sus cuadros de científicos.

En la relación capital-trabajo, en su modalidad típica, cuando sí se ha desarrollado, se observa que la organización y explotación regular del trabajo científico es fruto de un largo camino. De haber ensayado, el capitalista, vías diversas para lograr excedentes, pasa de la forma de plusvalor absoluta a la relativa, para adelantarse a los otros capitales en la competencia. Es el tránsito histórico de la subsunción formal del trabajo al capital —propio de la industria en sus primeros momentos— a la subsunción real, hacia las últimas décadas del siglo XIX. Entonces se asimila lo que el trabajo general significa para la sobrevivencia y liderazgo empresarial, y se normaliza su aprovechamiento.

La segunda revolución industrial consumió esa segunda subsunción, como sometimiento del proceso laboral a los recursos de procedencia científica, mientras Latinoamérica incursionaba recién en el capitalismo. El paso siguiente fue instrumentar esa superioridad tecnológica para afianzar los lazos internacionales, productivos y mercantiles, que corresponden a la etapa imperialista del capital, prolongada hasta nuestros días.

Más de un siglo ya que Latinoamérica, en tanto subdesarrollo, experimenta en virtud de esos acomodos una desacumulación sistemática, porque aporta a la prosperidad y el apuntalamiento científico del desarrollo en detrimento del crecimiento endógeno.



Al adquirir tecnología no sólo paga lo que compra, tributa desde el núcleo de los propios procesos ese valor que obtiene con medios de producción ajenos, es la razón por la que no lo puede retener la mayor parte de la riqueza nueva que genera.

Es así que los países de la región experimentan derramas económicas internas disminuidas de modo sistemático, coartando su propio despegue científico. Desequilibrios en la balanza de pagos y carencias en el plano social son parte del tributo que se paga por el uso de tecnología importada. Probablemente, el punto más crítico sean los desajustes crónicos en el mercado laboral y la presencia permanente de una sobrepoblación; distintiva de las economías capitalistas que funcionan desde su nacimiento como tales, a partir del uso de trabajo general ajeno. Por lo que un amplio contingente de trabajadores potenciales está condenado a permanecer marginado de la relación capitalista y deberá situarse en ocupaciones no asalariadas. La tecnología foránea es fundamental para explicar la presencia constante de población sobrante en la región y su expansión a través del tiempo.

## CONCLUSIONES

¿Por qué hemos llegamos hasta aquí en la exposición? ¿Cómo se justifica el contenido de este capítulo a efecto de centrar el análisis en la agricultura de América Latina, si la finalidad es conocer las causas de sus transformaciones productivas y de sus problemas más graves durante las últimas décadas?

Se estimó que era necesario comenzar poniendo en claro las herramientas analíticas. La dinámica social y su dimensión económica son harto complejas; las narrativas científicas que resultan más fieles a la realidad, que han de explicar o traducir a palabras, no se contentan con observar la superficie, lo aparente.

La estructura productiva del agro, hoy, el tejido comercial y financiero que lo implica y los impulsos que lo movilizan no se pueden aprehender a simple vista, ni separando los procesos a observar de esa totalidad de la que son parte. Tampoco se logra conocer a través de la experiencia, por muy cruda o aleccionadora que ésta pueda ser.

Un análisis a fondo, sistemático, prolongado y regularmente colectivo es indispensable, y éste no puede traducirse en un discurso explicativo

lógico y riguroso sin contar con los conceptos y las categorías adecuadas. Más nítidas resultarán las explicaciones si se hace evidente la plataforma epistémica que está en la matriz de los argumentos.

Este apartado pretendió, en suma, recuperar la terminología necesaria para dar sentido a este libro, situando cada noción en su contexto teórico preciso y sin perder de vista su sustrato epistémico. Al considerar que no bastaría enunciar los conceptos y definirlos a modo de glosario para captarlos, se buscó hacer explícita toda la trama hermenéutica, de lo contrario cada uno de sus componentes perdería su estricto significado.

La ruta consistió en traer del pasado algunos ingredientes que contribuyeron a la formulación de la teoría del valor-trabajo, a enunciar la ley del valor y a inferir la noción de plusvalor; se espera haber logrado una aproximación a otros elementos importantes que articulan la economía política alemana, por ser una lectura consistente de lo social, objetiva, crítica y vigente.

El hilo que nos condujo hasta ahí fue un cuestionamiento central; el mismo que ocupara a los clásicos de la ciencia económica: ¿de dónde emerge la prosperidad material?, ¿cuál es el origen del excedente?, ¿cuál es el misterio de la creación de riqueza nueva?

Esa pregunta, ya hemos visto, ha sido constante en la historia humana, pero sólo se solventa en la frontera de los siglos XVIII y XIX, con Adam Smith y David Ricardo. Sus respuestas refieren exclusivamente a la sociedad capitalista, que ellos calificaron como una sociedad de intercambio de excedentes.

Sus hallazgos fueron esclarecedores. La estructura productiva (y social), que analizan minuciosamente, es tal porque están dadas determinadas condiciones históricas. Refieren en concreto a la existencia de tres grupos sociales diferentes, que hacen corresponder con tres factores productivos, todos dispuestos o necesitados de ocuparse en actividades que les generen ingresos. Cada grupo social interviene de forma distinta a la generación de excedente, empero, concluyen sin disimulos que esa riqueza material nueva (el excedente) lo genera sólo uno de esos factores de producción: el trabajo.

Más tarde se destaca, ya en el contexto de un entramado explicativo distinto e ideológicamente opuesto, el protagonismo de la mercancía *fuerza de trabajo* en la generación de ese nuevo valor. Enseguida, y justamente recuperando los puntos de tensión social en que los clásicos no se aden-

traron, se asienta que la relación social de capital fundada en la estructura *clases antagónicas* es crucial para entender a dónde van a parar esos excedentes, develando la lógica que rige la acumulación ampliada de capital. También tuvimos oportunidad de señalar cómo se justifican los ingresos del capital en el discurso científico del liberalismo decimonónico.

Por lo que refiere al relato científico y los postulados normativos del liberalismo económico, conviene tenerlos bien presentes por constituirse su *deber ser*, más que sus explicaciones objetivas, en el sustento del discurso neoliberal actualmente hegemónico.

En el último apartado, así como se reveló la estructura organizativa material que está en las entrañas de la distribución del producto social entre clases, se procedió a hacer visible el recurso estratégico, el factor determinante en el reparto de riqueza entre países desarrollados y subdesarrollados: el trabajo científico y, por extensión, la tecnología en que éste se materializa.

Antes de cerrar este apartado es preciso insistir en una cuestión cardinal; está dicho ya, pero para que no se pierda entre tanta frase. El porqué de la prosperidad material o su ausencia, las causas profundas de la concentración de la riqueza social, como contracara de la pobreza que marca la vida de las personas, así como la trayectoria de muchos países, no encontrará una respuesta en el ámbito del comercio o intercambio de mercancías. Ciertamente en los mercados importan, ahí se proyecta y se expresa la desigualdad esencial y preexistente; esa que está en el núcleo del despojo sistemático entre clases y entre países. En el circuito mercantil se retroalimentan procesos y se confrontan también las clases y las regiones en modalidades diversas de capitalismo. Por ejemplo, al momento de la compraventa de fuerza de trabajo puede negociarse, si la correlación de clases es propicia,<sup>8</sup> que alguna parte del plusvalor que se crea retorne a manos del trabajador, que le reporte algún beneficio o remuneración extra. Pero, en última instancia, no es ahí que se define lo que ha de obtener cada parte como salario o como ganancia, toda vez que las reglas del juego están dadas desde la propiedad o carencia de medios de producción. No es lo mismo presentarse en el mercado a vender fuerza de trabajo, por necesidad o coerción económica, como única vía para subsistir, que decidir dónde

<sup>8</sup> Cuando el trabajador se encuentra organizado como colectivo, y fortalecido en sindicatos; cuando el Estado interviene en la redistribución del producto social.

se ha de colocar la inversión. Luego, la respuesta ha de hallarse en el circuito de la producción.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Borisonik, H. (2013), “El debate moderno sobre los escritos económicos aristotélicos”, *Revista de Economía Institucional*, 15(28), pp. 183-203. Disponible en línea: <http://www.scielo.org.co/pdf/rei/v15n28/v15n28a09.pdf>.
- Charbit, Y. (2002), “L'échec politique d'une théorie économique: la physiocratie”, *Population*, 57(6), pp. 849-878.
- Dobb, M. (1999) *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI, México.
- Escartín E. y F. Velasco (2009), “Quesnay y los conceptos generales de la fisiocracia”, en J. Astigarraga (coord.), *Ilustración, ilustraciones*, vol. 1, pp. 275-288. Disponible en línea: [http://personales.us.es/escartin/Conceptos\\_de\\_la%20Fisiocracia.pdf](http://personales.us.es/escartin/Conceptos_de_la%20Fisiocracia.pdf).
- Fernández, R. (2015), “The Political Economy of Mercantilism”, *Iberian Journal of the History of Economic Thought*, 2(2), pp. 120-121.
- Figueroa, V. (1986), *Reinterpretando el subdesarrollo. Trabajo general, clase y fuerza productiva en América Latina*, México, Siglo XXI.
- (1996), “Origen, contenido y formas de la sobrepoblación ampliada en América Latina”, *Working Papers in International Development*, 96(12), pp. 1-45.
- González, J. (2005), “Salarios, precios y productividad, una aproximación al valor de la fuerza de trabajo en México”, *Análisis Económico*, 20(44), pp. 63-91. Disponible en línea: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=41304404>.
- Gómez, L. (2000), “La fisiocracia o la fugacidad de una teorización que reaparecerá fortalecida dos siglos después”, *Ensayos de Economía* 11(17), pp. 84-137. Disponible en línea: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/ede/article/view/23899>.
- (1999), “Pensamiento económico de William Petty (1632-1687)”, *Ensayos de economía* 10(16), pp. 11-38. Disponible en línea: <http://bdigital.unal.edu.co/5575/1/luisjairgomez.19991.pdf>.
- Hayek, F. (2008) *Camino de servidumbre*, España, Unión Editorial. Dis-

- ponible en línea: <https://www.elcato.org/sites/default/files/camino-de-servidumbre-libro-electronico.pdf>.
- Marx, K. (1971), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (GRUNDRISSE) 1857-1858*, vol. 1, México, Siglo XXI.
- (1985), *El Capital. Crítica de la Economía Política*, México, FCE.
- (2000), *Trabajo asalariado y capital*, Marxists Internet Archive. Disponible en línea: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/49-trab2.htm>.
- Mauri, M. (2018) *Aristóteles: revisión contemporánea de una ética clásica*. Barcelona, Stágeira, Estudis Aristotèlics de Filosofia Pràctica. Disponible en línea: <http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/122422>.
- Poo, V. (1990), *Orden del poder y saber económico: Ricardo y Malthus*, México, Universidad Autónoma de México (UNAM).
- Ricardo, D. (2003), *Principios de Economía Política y Tributación*, España, Ediciones Pirámide. Disponible en línea: <https://edoc.site/ricardo-david-principios-de-economia-politica-y-tributacion--pdf-free.html>.
- Roll, E. (1994), *Historia de las doctrinas económicas*, México, Fondo de cultura económica. Disponible en línea: [https://books.google.com.mx/books?id=AT5kCgAAQBAJ&dq=eric+roll&lr=&hl=es&source=gbs\\_navlinks\\_s](https://books.google.com.mx/books?id=AT5kCgAAQBAJ&dq=eric+roll&lr=&hl=es&source=gbs_navlinks_s).
- Rojas, J. (2007), “El Mercantilismo. Teoría, política e historia”, *Revista Economía de la Pontificia Universidad Católica del Perú*, 30(5), pp. 75-96.
- Smith, A. (2007), *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Amsterdam, Metalibri. Disponible en línea: [https://www.ibiblio.org/ml/libri/s/SmithA\\_WealthNations\\_p.pdf](https://www.ibiblio.org/ml/libri/s/SmithA_WealthNations_p.pdf).